

Santiago Roncagliolo

El año en que nació
el demonio





Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Roncagliolo

El año en que nació
el demonio

© Santiago Roncagliolo, 2023

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

© Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C.V., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-322-4252-6

Depósito legal: B. 15.896-2023

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

**DE LA LLEGADA DEL MONSTRUO
Y LO QUE OCURRIÓ CON
SU MADRE**

1

In Dei nomine amen. Sepan cuantos leyeren esto que yo, Alonso Morales, alguacil del tribunal del Santo Oficio, presencié el nacimiento del demonio en esta Ciudad de los Reyes, y sobre esos hechos, y todo lo que en torno a ellos acaeció, me propongo ofrecer testimonio en las siguientes páginas.

Creo firmemente en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero. Tengo fe en todo aquello que sostiene nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana. Y venero por guía y abogada en todos mis hechos, dichos y pensamientos a la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, Señora Nuestra. Por todo ello, hago y ordeno esta narración *ad perpetuam rei memoriam*.

Declaro, pues, que el hijo del Maligno se hizo carne entre nosotros una noche negra como ninguna otra, que confundía los caminos y nublaba el entendimiento.

A los mercaderes que se llegan a Lima siempre les llama la atención nuestro cielo brumoso y aburrido, como muerto. Dícese que en otras provincias del Imperio, por ejemplo en la isla La Española, el aire es caliente, los diluvios duran semanas y los huracanes se llevan pueblos enteros por los aires. En cambio, en nuestra Ciudad de los Reyes, el clima, aunque gris, es templado y benigno. No cae jamás lluvia del cielo. No agobian demasiado el frío ni el calor.

No obstante, en la noche referida, soplaban un viento del sur, helado y furioso, que apagaba las antorchas de los caminantes o, peor aún, extendía sus llamas amenazando con prender fuego a los hogares de los cristianos.

En medio de esa violenta tiniebla, sin velas ni lámparas de aceite para iluminar nuestra pequeña casa en la calle de Mantas, escuchaba yo a mi madre mientras pasaba las cuentas de su rosario de nácar y metal plateado, su más preciada posesión, alzando la voz de sus avemarías cada vez que un golpe de aire sacudía nuestros muros, como si pudiera acallar la cólera de los elementos.

Al final de cada plegaria, mi madre se detenía para anunciarme con voz trémula:

—Hoy se cae el cielo. Se derrumba. Y sus trozos hundirán nuestro techo.

A esos negros presagios yo solo podía responder, cubriéndome a la vez con el camisón y la manta, no tanto por frío como para no escuchar sus monsergas:

—Ya está bien, madre. No atraiga a la mala suerte, que de tanto llamarla, puede darle por venir.

—Esto no es mala suerte —replicaba ella, entrechocando las cuentas del rosario, o tal vez los dientes, como hacía cuando rumiaba sus penas—. Esto es castigo de Dios. Porque en esta ciudad, hay mucha gente mala. Hoy a todos nos tocará pagar. Justos o pecadores, no importa.

No eran nuevas esas palabras. Mi madre solía hablar de ese modo, sobre todo los domingos y fiestas de guardar, cuando le tocaba asistir al confesionario. Esos días, ya desde la mañana, se le agriaba el carácter, veía maldiciones y plagas caer sobre todo el mundo, y no importaba cuánto tratase yo de alegrarla con bromas y distracciones, ella se sumía en un humor espeso como un pantano, enumerando las calamidades que se abatirían sobre la humanidad.

Acostumbrado a esos arrebatos, la noche en cuestión, yo estaba dispuesto a ignorar su mal agüero. De no haber sido por el sonido atronador del viento, que silbaba entre

las ventanas y colaba su lengua de hielo en mi lecho, habría caído rendido al sueño.

Pero algo de razón le cabía a esa mujer. Acaso fuese una intuición mística. O solo casualidad. Sea como fuere, entrada ya la madrugada, cuando ella rezaba el enésimo padrenuestro con voz de angustia, varios golpes resonaron en nuestra puerta, como arietes intentando arrancarla de las bisagras. Y una voz desde el exterior llamó:

—¡Abrid!

Mi madre detuvo su oración. Se persignó una y otra vez, como para ahuyentar a un espíritu. Pero, aunque las cuentas de su rosario brillaban como luces en sus manos, esta vez no acompañó de rezos sus terrores. Guardó silencio, deseando que nuestro visitante pensara que no había nadie en nuestra casa. Como siuviésemos a dónde ir en esa noche inhóspita, o en cualquier otra. Fui yo quien tuvo que responder:

—¿Quién vive en esta hora innoble?

—¡Es la guardia! —me respondió una voz desde el exterior, apenas audible entre el vibrar del aire. Al escucharla, habría parecido que un ejército viril desfilaba por la calle, armado con arcabuces, escudos y alabardas en formación de combate. Sabía yo, sin embargo, que afuera me esperarían apenas dos jovencitos ateridos, con las espadas colgadas de cinturones que se les resbalaban hasta las rodillas, con el miedo pegado al cuerpo como un mal olor.

Me puse en pie, me fundé las calzas y los borceguíes, escogí mi jubón más imponente, por no decir el único, y limpié mi espada antes de cargarla, como si alguien fuese a notar el brillo de su hoja en la cueva profunda de la noche. Confieso al Consejo Supremo, y a quien posare sus ojos sobre estas palabras que escribo, que me producía placer armarme y empuñar la vara del Santo Oficio, pues era sensible al vano espectáculo que me permitía mi autoridad. Humildemente, sin embargo, someto a consideración de Vuestras Mercedes que, aunque la vanidad sea pecado capital, se trataba en mi caso de una manifestación venial, insignificante,

que será perdonada el día del Juicio Final por deberse a la mayor gloria de Dios.

En esa ocasión, de todos modos, pocas razones tenía para ufanarme. Porque en tanto yo intentaba asumir la dignidad de mi posición inquisitorial, mi madre se me colgaba del cuello para impedirme abrir. Parecía ella como esos monos que traen de las selvas y exhiben en las plazas, unas bestezuelas que no son más que remedos de las personas y se prenden de los transeúntes para arrancarles limosnas. Y mientras tiraba de mi brazo, me insistía:

—No abráis la puerta. ¿Qué no veis que la desgracia quiere entrar?

—Quitad de en medio, madre. Solo faltaría que me acabasen apresando a mí.

Nada más salir, comprendí que no me había equivocado: los muchachitos que me esperaban en el exterior eran poco menores que yo mismo. Tenían el bigote limitado todavía a una rala pelusa, y, sobre todo, unos ojos de ternero llenos de pavor. Como para confirmar mis deducciones, más allá de algunos titubeos y balbuceos, ni siquiera eran capaces de explicar con claridad a dónde nos dirigíamos o por qué exactamente.

—Se han abierto las puertas del infierno —dijeron sin más— y han dejado salir a sus criaturas.

—Llebadme.

Nos pusimos en marcha azotados por el viento, de modo que cada paso era una lucha. Mis dos escoltas iluminaban el camino con teas ardientes que daban un aspecto fantasmal a las calles. Más allá del alcance de su luz, la ciudad asemejaba una inmensa caverna, sin duda, albergue de todas las conductas que no se atreven a exhibirse a la luz del día. Las sombras de pecadores, criminales y otras aves nocturnas se adivinaban por las esquinas y los callejones.

Atravesamos la Plaza Mayor, y luego la de Santa Ana, donde doblamos a la izquierda hacia la zona conocida como Barrios Altos. Pensé que nos dirigíamos hacia los campos

de cultivo antes de las murallas, quizá para arrestar a algún judío prófugo, a algún indio idólatra que se escondiese entre los olivos o, peor aún, a algún inocente bebedor de chicha. Pues yo sé bien que los guardias son supersticiosos, y a menudo toman por maldiciones sobrenaturales lo que no son más que alharacas de borrachos.

Para mi gran sorpresa, nos detuvimos antes de llegar a los campos, en el último lugar donde se podía reclamar nuestro trabajo: frente al convento de Santa Clara, edificio bendito y consagrado al Altísimo, hogar de monjas dedicadas a loar su creación.

Bajo la luz estrecha de nuestras antorchas, la fachada del convento parecía extenderse hasta el cielo, ya que en la oscuridad no se veía su final, ni la imagen sagrada sobre el portal, ni el remate de sus campanarios.

—¿Aquí? —pregunté, seguro de que se trataba de un error de juicio de mis imberbes guías.

Ellos asintieron sin pronunciar palabra, y miraron fijamente hacia el muro, como si ahí mismo hubiese ya razones para temer. Ya que ninguno de los dos se movió, golpeé yo mismo las aldabas. Y con la voz más potente que pude, intenté imponer respeto:

—¡Alguacil del Santo Oficio! ¡Abrid en nombre de Nuestro Señor!

Nadie respondió a nuestro llamado. Yo conté hasta cien, tal y como parecía prudencial, y al no hallar réplica alguna, di el siguiente paso en la escala de las advertencias:

—¡Abrid o quemamos la puerta!

Poco habría podido quemar en realidad. Mis guardias tenían más ganas de volver a sus casas que de cualquier otra cosa, y no les resultaba para nada reconfortante presentarse con amenazas en un santo lugar, pues eran imberbes, pero no tontos, y sabían que se arriesgaban al mismo castigo por actuar que por no hacerlo. Sin embargo, la autoridad de la Inquisición no puede andarse con remilgos, ni pedir perdón por llevar a cabo su sagrada tarea. Y formaba parte de

nuestro deber ostentar firmeza, aunque no la tuviésemos en verdad.

Por fortuna, mientras trataba de ingeniar un modo de proceder, se abrió una ventanilla en medio del portón, y un rostro enmarcado por un velo de clarisa asomó ante nuestras antorchas. Tenía esa mujer una voz tan portentosa como la que yo intentaba fingir, y aunque no debía ser mayor que ninguno de nosotros, la dureza de su mirada no se correspondía con la frescura de su juventud. Sin duda, ahí todos teníamos la obligación de parecer mayores y más juiciosos de lo que nuestras edades nos permitían.

—¿Un alguacil? —Me despreció ella nada más verme—. ¿Dónde está el inquisidor? ¿Y el arzobispo?

—Si vinieran ellos, lo harían con más armas. Soy yo el enviado. Daos por bien servida, señora, y no interfiráis con la labor del tribunal. Sabéis las penas que eso conlleva.

La ventanilla volvió a cerrarse ante mis narices, y durante un minuto me pregunté a cuánta fuerza tendría que recurrir para irrumpir en el convento, y cuáles serían las consecuencias de tales actos. Quiso el cielo que no fuese necesario darles más vueltas a esos pensamientos, pues en el tiempo en que un gato se lame el cuerpo, el portón se abrió ante nosotros, y la monja, que ahora llevaba un candelabro en la mano izquierda, nos invitó a pasar con un gesto de la derecha.

—No hay tiempo para cavilaciones —anunció—. Pasad, pero sed prudentes. No podéis guiaros por vuestra experiencia. Lo que ha pasado aquí no se había visto antes.

Nos llevó esa mujer a través del templo, hacia el coro bajo. Recorrimos varios pasillos estrechos. Y finalmente, ya al aire libre, la seguimos por confusos laberintos cuyo trazado no pudimos entender con claridad.

El revuelo se extendía por todo el convento. Aquí y allá, a lo largo del camino, las clarisas vestidas con hábitos negros, que son los de las monjas más principales, y hábitos blancos, que son los de las menos, se nos cruzaban y

se daban vuelta, sin duda ahuyentadas por la presencia de hombres desconocidos, armados y presurosos en esas horas sin luz. Comprendí que la monja que nos guiaba llevaba el hábito de las que llaman «donadas», las más bajas de entre las monjas, que mandan aún menos que las de velo blanco. Admito a Vuestras Mercedes del Consejo Supremo que, en mi vanidad, yo mismo me decepcioné de ser atendido casi por una criada, lo que solo podía significar que nuestra tarea no era tan importante al fin y al cabo.

Pero en esto, como en muchas otras cosas de esa noche, me equivocaba.

Por fin llegamos a un salón muy grande, que debía servir como dormitorio de las novicias, ya que en la puerta se amontonaban decenas de muchachas, todas de la misma edad inocente de mis dos guardias. Vestían todas camisón y llevaban el pelo inusualmente descubierto, lo que demostraba que se hallaban en un gran apuro, porque las reglas de la clausura les prohibían exhibirse de aquella manera. En efecto, todas daban voces y se persignaban, con lágrimas en los ojos, mientras el viento amenazaba con arrancarles los ropajes.

No me cabe duda de que, en circunstancias diferentes, mis inexpertos escoltas habrían desperdiciado su tiempo en galanteos con esas mozas, sin considerar siquiera su consagración a la vida religiosa, pues ese es el peligro que tienen las mujeres: que su sola vista despierta la parte animal de los caballeros y les hace perder el sentido moral.

Cómo estarían de asustados mis hombres, sin embargo, que no repararon apenas en tentaciones, sino que se detuvieron ante la puerta del dormitorio, como dos caballos ante un barranco. Y mirando hacia el interior como si se hubiesen encarado con el abismo, se negaron a dar un paso más.

—¡Adentro! —exclamé, aunque yo mismo albergaba dudas, viendo el terror de las novicias. Sordos a mis órdenes, mis guardias bajaron la mirada y, sin abrir la boca, juntaron los pies, diciendo de ese modo que no pensaban

moverse de su sitio. Y entonces, para mi sorpresa, y para mi deshonra también, fue la voz de la monja que nos había recibido, y que aún llevaba en la mano el candelabro, la que se alzó entre los llantos, los lamentos y la zozobra general:

—¿Y vosotros sois nuestro tribunal de la Inquisición? ¡Si parecéis pollos de gallinero! ¿Habéis venido a pasear acaso?

Se dio vuelta ella entonces y entró en el aposento, con más valor y decisión que esos dos incapaces. Por mi parte, humillado por su actitud, no encontré tiempo de pensar mis palabras ni mis actos. Estaba en cuestión el honor del Santo Oficio, y movidos por esa responsabilidad, mis manos y mis pies se adelantaron sin pedir permiso a mi cabeza. Arrebaté la antorcha de uno de mis guardias y avancé hacia la puerta.

Abrieron las novicias un pasillo para dejarme paso, y solo al llegar al umbral, trastabillé, dudoso de estar haciendo lo inteligente o lo cuerdo. Pero me dije que en todo caso hacía lo justo y correcto. Y, por último, que la vergüenza de dar marcha atrás en ese instante me habría impedido seguir haciendo mi trabajo ante Dios y ante mis subordinados. Así que entré.